

LUNES, 8 – MARZO – 2010

EL PADRE ETERNO

-Dado a la Hna. Angustias de las Santas Llagas-

Mi Hijo, aunque hubiera habido una duda sobre la creación del hombre, por la posibilidad final y oscura que podía existir en la Tierra, la duda desapareció al ver la belleza de la Encarnación de Jesús.

Merecía la pena crear el Mundo, aunque sólo fuera por dar a Jesús la posibilidad de caminar por Belén. Merecía la pena crear la Tierra, aunque sólo fuera para agradarle en lo posible y verle actuar como Él ha actuado.

Yo no podía dejar de crear la paja, la paja que sirvió para su cuna. Yo no podía resistirme a crear las matas que le dieron calor en Belén, en aquella noche de frío; noche en que existían las estrellas, y entre ellas había una que iba a dar testimonio al hombre del nacimiento de mi Hijo: de Dios en la Tierra.

¿Iba a olvidarme de crear una Madre como María? Me habría faltado la poesía. Al pensar en la Mujer llamada María, pensé en una criatura buena, pura, dócil, inmaculada, que se convierte en Medianera entre el Cielo y la Tierra; que tendría tanta Luz..., por el Amor que tiene un Hijo que es Dios en la Tierra; que tiene la capacidad de hacer visible a Dios en los tiempos de los hombres, de explicar lo inexplicable, de apartar a la Creación de su soledad. El Mundo merecía ser creado, incluso, sólo por un único hombre llamado Jesús. Y lo he hecho y estoy contento. Jesús es mi delirio, es mi Predilecto.

Cuando creé a los hombres, sabía que creaba Uno para el que se iba a cortar el madero de la Cruz, y no he dudado en hacerlo. Cuando creé la espina, sabía que habría el espino del que iban a hacer una dolorosa corona para mi Hijo, y no me he echado atrás. Cuando creé la piedra dura, he traído la roca que se iba a utilizar para rodar y cerrar la puerta de la sepultura de mi Hijo Jesús, y he seguido haciéndola.

Ahora puedo decirlo a vosotros los hombres: ***"En la plenitud de la vida de mi Hijo, nada fue tan trágico como la Cruz; pero***

también, nada más hermoso fue sobre aquel madero, que consumió el Amor más grande de un hombre por su Dios”.

Son creadas estas espinas, especialmente, y tienen que ser expresión de una realidad traicionada por el hombre; y es dura la roca que trata de correr para siempre la vida en la tumba. Pero no importa, la realización de mi Hijo tendría una corona bien diferente en Jesús, en la Resurrección.

Quiero que comprendáis que Jesús es lo más grande de todo; que su vida es resumen de todo; es el modelo único a la persona; es el misterio de la Luz en medio de las tinieblas; es el paraíso en la Tierra; es el Reino de Dios entre vosotros. El Hijo que sobrevenía al espacio de vuestra libertad para conseguir la mejor obra de vuestro amor. Para Jesús, la Tierra fue el lugar de su libertad. Su Encarnación completó la Creación. Fue el que camina pobre y libre en busca de Israel.

Cuando Israel era niño lo mimé, y cuanto más lo llamaba más se alejaba de Mí; ofrecía sacrificios a los ídolos y quedaba en oscuridad. Yo le enseñaba a andar y lo llevé en mis brazos, y ellos no se daban cuenta de que Yo los acurrucaba; los cuidaba con correas de Amor, los atraía con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien alza una criatura a la mejilla, les cuidaba y les daba de comer.

La Creación es libre expresión de la libertad de Jesús, que se encuentra con el hombre. Y es con esta expresión como le hice a él, a Israel: construir la mayor obra de su libertad y de su amor. Él mismo recorrió el camino para construir en la libertad la obra maestra de su amor, que es la resurrección de la muerte que conduce a los hombres a la libertad.

¡Oh Tierra!, bienaventurada, que has visto a Jesús: el que se hace visible a los hombres, la libertad del Amor. ¡Oh Tierra!, verdaderamente santa, que te has vertido en la Sangre de Dios para conducir a todos a la salvación. ¡Oh Tierra!, decididamente donde Jesús ha encontrado al hombre para educarlo.

Para que reine sobre esta Tierra el Hijo de Dios, ha ayudado a todos los hombres a convertirse en hijos de Dios. En esta Tierra visible, lo invisible ha venido para siempre en el Imperio del Reino de Dios.

¿Qué sería de este Mundo en que vivís los hombres sin ese encuentro? ¿Qué sería de este Mundo sin Jesús? No, hijos míos, sin el caminar de mi Hijo Predilecto no se podría comprender la Creación: No se puede comprender la Creación sin la Encarnación.

La Tierra quedaba incompleta -¡volvemos al Misterio!-, que tanto estaba... que la Creación no daría testimonio. ¡Esa mancha tan oscura en su pecho hecho de tanta belleza y Luz!

Yo no dudo al decirlos que mi Hijo Jesús ha venido al Mundo y que se ha encarnado en la Tierra y ha destruido a la muerte con su propia Muerte, que la Tierra misma ha tratado de imposible desde su ignorancia y maldad.

Esa mancha oscura en el cuadro de la Creación era necesaria; si no hubiera existido, todo el cuadro habría quedado en la oscuridad, en su incomprensible falta de plenitud. Fue precisamente el misterio del color de la muerte, el que tuvo la tarea de entrar a mi Hijo Jesús hacia la Tierra para componer y vivir la obra maestra de la Redención.

Por vuestra salvación ha dejado el Cielo y se ha encarnado en María de Nazareth, vuestra Hermana también. Sucedió por la Encarnación: por el Hombre. Ocurre junto al hombre.

Para darle la Encarnación de Jesús, el camino por la Tierra, su Palabra, su actuación, su pensar, su Amor y las respuestas a todas las preguntas de la Creación, había propuesto él su misterio realizado acerca del hombre y de todo lo creado.

Pero volvemos al punto central del problema: **“El Mundo que Jesús rompió con su vida y su muerte”**. ¿Qué ha hecho Jesús para vencer al mal? ¿Qué ha hecho Jesús para destruir a la muerte? ¿Cómo podemos decirlo, si después de Jesús el Mundo ha seguido como antes: despreciando y muriendo? Nada ha cambiado después de Nazareth; nada ha cambiado después del Calvario: el mundo ha seguido subsistiendo con su torpeza y sus maldades; el hombre ha seguido caminando con su esclavitud y sus lágrimas. ¿Qué ha tenido para poder decir: “Jesús nos ha salvado”? ¿Qué ha ocurrido para afirmar que la muerte había sido destruida y el mal vencido? Ahí está el problema, y el hecho de verlo con claridad y no con oscuridad para hacerlo nuestro y superarlo.

Jesús, siendo como ha sido, ha vencido el mal sobre sí mismo; muriendo como ha muerto, ha destruido la muerte. El problema es, sobre todo, que en esta zona de ser universal, Jesús ha dado el ejemplo viviendo como ha vivido; muriendo como ha muerto, nos ha dado qué se hace para vencer el mal y destruir a la muerte.

Hombres, ¿os queréis liberar del mal? Hombres, ¿queréis destruir a la muerte que os atemoriza? Muere de Amor, como ha hecho Jesús. Se vence el mal, cuando dominamos nuestra muerte en un acto de amor.

Hija, para entrar en el Reino de la Paz y la Libertad, Reino de la Justicia y del Amor, nadie puede ahorrarme ese sufrimiento. La verdad es que Jesús nos ha salvado, pero nos ha dejado a nosotros el fatigoso encuentro de salvarnos.

Hija, su muerte nos ha crucificado a todos, siendo como es el Hijo de Dios. Pero no nos ha llevado en volandas, nos ha pedido seguirlo.

Hija, cada uno de nosotros está salvado tras el sacrificio de Jesús, pero cada uno de nosotros debe salvarse.

Hija, ahí está la divinidad del Hombre -que es el Hijo- ante el Padre; ahí está la dignidad del sufrimiento humano, ahí está la libertad.

Hija, y si Jesús ha muerto de Amor, cada uno de nosotros debe morir de amor.

Hija, escúchame esta palabra, y di conmigo:

“Sálvame, Jesús, que quiero ser tu esclava”.

Hna. Angustias, Hna. de las Santas Llagas, y Hna. y peregrina del Alba.